



Hoy mi paseo me lleva hasta los alrededores del Colegio Fonseca, hasta esa atalaya que mira a la alucinación del edificio de La Clerencia. Es el momento en que se enciende la iluminación artística. Entonces, ese perfil de la ciudad adquiere su dimensión más sorprendente, por inusual. Sí, hay esa Salamanca que nos asalta con sus excesos arquitectónicos, que parece echársenos encima: la de la ascensión por la calle Palominos, la vista desde el patio de la Casa de las Conchas y, por supuesto la de los altos del Fonseca. En los tres casos, es La Clerencia la que despierta la visión alucinada.

Pero a veces, en esta Salamanca, hay resquicios que nos llevan muy lejos: son los de la cultura que universaliza la mirada, que a algunos nos hace revivir experiencias pasadas, despertando la memoria que asoma en estos artículos. Nada es la cultura sin vida y sin ese sentido primero de universalidad. Contemplaba ese perfil especial de la ciudad, pero venía de sumergirme en los textos y fotografías de una exposición dedicada al escritor alemán Her-



ANTONIO COLINAS **ARMONIZANDO**

HERMANN HESSE EN EL FONSECA

Sus libros van muy unidos a nuestras lecturas de la primera juventud. Es un autor que conmovía por su autenticidad y transparencia

mann Hesse, refugiado durante muchos años, hasta su muerte, en el pueblecito de Montagnola, sobre el Lago de Lugano, en el Ticino, en Suiza.

Los libros de Hesse -como los de Tagore- van muy unidos a nuestras lecturas de la primera juventud. Son autores muy vendidos, aunque entonces no existiera (afortunadamente) la figura comercial del best-seller. Hesse era un autor que conmovía

por su autenticidad y transparencia, un adelantado en su amor por la naturaleza, el pacifismo y la libertad. Y siempre con fidelidad a su divisa: «Sé tu mismo». Recibió el Premio Nobel, en unos tiempos en que este premio atendía a valores incuestionables (Kipling, Mann, Tagore, Juan Ramón).

Cuando llegué a Italia, una de mis primeras excursiones fue con unos amigos hasta el pueblecito



Exposición de Hermann Hesse en Fonseca.

de Montagnola para revivir mi admiración hacia la poesía y los relatos de Hesse. Tras entrar en Suiza y tomar el teleférico en Lugano, detrás de Villa Favorita, no descubrimos los paisajes que Hesse había fijado en sus relatos y en sus delicadas acuarelas, sino los reales de esa Suiza que mira hacia Italia, la que también amó Stendhal.

Ahora, en la sala del Fonseca, se me abrió de repente aquella as-

ciencia en 1971, a mis 25 años, hacia el pueblo y la 'Casa Rossa' de Hesse. Ahora, en mi casa, siempre tengo cerca un libro que me devuelve a aquellos lugares. Me refiero a 'Les promenades de Hermann Hesse', de Jean-Philippe de Tonnac, con las fotografías de Daniel Faure. Hoy, en día gris, frío y húmedo, aquella primavera del Ticino me asalta de nuevo con la exposición-homenaje en Salamanca.